

ANTECEDENTES DEL INDIGENISMO, REFORMA UNIVERSITARIA Y 'ESCUELA CUSQUEÑA' *

Luis E. Valcárcel

51

En 1908 ingresé a la Universidad de San Antonio Abad, como alumno de la Facultad de Letras. En el Cusco ese era el único camino para quien, como yo, tenía inquietudes intelectuales. Comencé clases en el mes de abril, en marzo se acostumbraba tomar los exámenes de ingreso. Entre quienes en aquel año iniciamos estudios de Letras, recuerdo a Octavio Usandivaras, Rómulo Acurio, Francisco González, Rafael Guevara, Abel Gutiérrez, José Manuel Carrillo, Juan José Loayza, Manuel Gil, Julio A. Dávila, Timoteo Flores, Luciano Dueñas y Pío Benjamín Díaz. Nuestros profesores eran Alejandro Pacheco de Filosofía e Historia de la Civilización, Cosme Pacheco de Filosofía e Historia del Arte, Julián Zaldívar de Literatura y Wenceslao Cano de Historia del Perú. En años superiores estudiaban, entre otros: Uriel García, Benjamín Velasco, Gabino Ugarte, Miguel Corazao, Luis Rafael Casanova y los hermanos Félix y José Gabriel Cosío. Al año siguiente ingresarían César Antonio Ugarte, Francisco Tamayo, Rafael Aguilar, Luis Felipe Aguilar, Federico Ponce de León, José Mendizábal y Juan Bautista Velasco.

Quienes entonces iniciamos estudios universitarios recibimos las afluencias de algunas personalidades excepcionales de las generaciones anteriores, que habían comenzado a abrir una brecha en el cerrado ambiente cusqueño, en el que las ideas de la inferioridad del indígena eran expresadas con toda naturalidad. Narciso Aréstegui, autor de *El Padre Horán*, era estimado por los jóvenes como un predecesor de la

preocupación por el indígena. En su famosa novela hizo público cómo el indio conservaba sus antiguas virtudes y que los responsables de su postración eran las autoridades, los clérigos y los hacendados. Como un antecedente más inmediato a nosotros teníamos a Corinda Matto de Turner, también novelista, que en *Aves sin nido* destacó las virtudes de la raza indígena y denunció los abusos de que era objeto. La prédica de ambos, de evidente espíritu provinciano, había recibido el apoyo de Manuel González Prada desde Lima, quien consideró a la población indígena como el centro mismo de la nacionalidad.

Luego de esos precursores aparecieron en el Cusco algunas figuras intelectuales que, por su interés en conocer los diversos aspectos de la vida indígena y regional, merecen ser considerados como fuentes del indigenismo. Uno de ellos fue Antonio Lorena, médico, maestro universitario y profesor del Colegio Nacional de Ciencias, quien a través de los artículos que publicó especialmente en el *Boletín del Centro Científico* introdujo en el Cusco ideas y puntos de vista producto de su contacto con Europa. Respondiendo a las ideas de la época, el profesor Lorena era positivista, aunque con muchas influencias materialistas. Sus clases eran muy amenas por lo que asistían a ellas no solamente quienes estaban matriculados en su curso, recuerdo haber escuchado sus exposiciones en la Universidad cuando yo todavía era estudiante de media.

Lorena era médico de profesión, cuando visitaba a un paciente muchas veces lo olvidaba

* Luis E. Valcárcel, *Memorias*, Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1981. pp. 130-149.

por conversar con los miembros de la familia, a quienes interrogaba sobre sus costumbres y prácticas. A ese punto llegaba su curiosidad y espíritu de investigador. Era en realidad lo que hoy llamaríamos un antropólogo social, profundo conocedor de la vida cusqueña a través de la investigación directa. Como maestro fue tal su influencia y el respeto que ganó entre sus alumnos que se le otorgó el título de "Maestro de la Juventud", manteniéndose durante treinta años como la más importante figura docente de la Universidad del Cusco. Lamentablemente todos los conocimientos que Lorena logró acumular nunca fueron volcados en un libro, su obra impresa es exclusivamente de artículos publicados en revistas y periódicos cusqueños. A los 80 años, viejo y enfermo, quiso recuperar el tiempo perdido, pero ya era tarde. Sin embargo, en quienes le escuchamos queda el recuerdo de sus clases, así como su gran cariño por los indígenas no sólo en un sentido lírico pues cuando se desataban epidemias solía trasladarse a las comunidades para atender a la población. De esas circunstancias aprovechaba para acrecentar sus conocimientos de la vida indígena. A él se debe, en gran parte, el interés que por las condiciones biológicas y antropológicas del indio mostraron algunos integrantes del Centro Científico.

Junto a Lorena, otro de los verdaderos hombres sabios del Cusco de principios de siglo fue Fortunato Herrera, quien a pesar de haberse graduado en Ciencias Naturales, desde muy joven se dedicó a los estudios de carácter social, habiendo realizado investigaciones de interés etnológico en una época en que se desconocían los métodos adecuados para realizar ese tipo de estudios. Sus primeros artículos fueron publicados en el *Boletín del Centro Científico* del Cusco; destaca entre ellos el trabajo sobre los indígenas de Chincheros, que debe considerarse como uno de los primeros trabajos etnológicos hechos en el Perú, donde describe detalladamente la vida y costumbres de la comunidad. Por sus estudios de botánica, Herrera debe ser considerado como el primer botánico peruano. Como estudioso de la flora peruana es, junto con Weberbauer, una de las personalidades científicas más notables en este campo. Ha escrito mucho sobre el tema, sin circunscribirse a la descripción de la flora de nuestra serranía, sino que señala las propiedades de las respectivas plantas e indica sus posibles usos. De ese cercano conocimiento de la flora andina, así como de la manera en que los indígenas lograron dominarla nació su admiración por el indio.

Herrera pertenecía a una antigua familia cusqueña, era sobrino nieto de Ramón Herrera, Presidente del Estado Sudperuano en la época la Confederación Peruano-Boliviana. Era un hombre simpático, suave de carácter y poco hablador. Usaba unos anteojos característicos pues era miope, cuando estaba con sus amigos se expandía alegremente, pero en general andaba callado, era modesto y bastante tímido. Cuando pasó de los cincuenta años caminaba un poco inclinado, aparentando más edad de la que tenía, era bajo y su andar así le produjo una relativa joroba.

Con los cambios que ocurrirían en la Universidad, a raíz de la huelga de 1909, logramos que Fortunato Herrera fuese incorporado como catedrático. Con él la juventud universitaria pudo beneficiarse con los amplios conocimientos de ese verdadero sabio cusqueño; años después llegó a ser rector de la Universidad del Cusco y, a su retiro, tuve la suerte de tenerlo como colaborador en el Museo Nacional, donde se encargó de la sección histórica, ya que también había realizado labor en ese campo. Entre otras cosas escribió una serie de biografías de los botánicos peruanos y extranjeros que habían investigado sobre la flora peruana. Hasta su muerte, Fortunato Herrera se mantuvo en su puesto en el Museo. Era pariente del Mariscal Benavides, quien concurrió a visitarlo en su lecho de muerte en el Hospital Dos de Mayo de Lima, más o menos a mediados de la década de 1940.

Ciertas inquietudes de reivindicación del incario mostró otra figura destacada del "Centro Científico", Luis María Robledo, promotor de expediciones de exploración a la selva y hombre de convicciones políticas firmes, que murió en 1910 participando en una rebelión pierolista contra Leguía. Como periodista de "El Sol" y a través de la "Sociedad Sihuaniro", que fundó con la colaboración del "Centro Científico", estuvo entre quienes pensaron que el futuro del Cusco descansaba en la apertura de caminos a las provincias selváticas del Urubamba, donde los bienes producidos en los valles cusqueños encontrarían buenos mercados.

Quechuistas destacados como el médico Leonardo Villar, amigo de Clorinda Matto, o el abogado José Lucas Caparó Muñiz, quien llegó a ser juez en Paruro, fueron promoviendo el interés por el indígena y sus manifestaciones culturales. Este último formó una colección de antigüedades incaicas. Dedicó buena parte de su vida, unos 15 años, a la recolección paciente de

piezas prehispánicas en una época en que dicha afición era vista como excéntrica y no había el menor apoyo para proteger el patrimonio arqueológico. Guardaba objetos de piedra, armas de guerra, hihuayas, maccanas, huarakas, vasos y bebederas, huincos, ccochas, ídolos, morteros, silbadores, objetos de oro y plata, orejeras, objetos de champi, de arcilla, herramientas, cántaros, tejidos, objetos de hueso, etc., habiendo obtenido algunas piezas en excavaciones personales. El valor de su colección contrastaba con las versiones que Caparó había inventado sobre cada una de las piezas, algunas de ellas ridículas. A fines del siglo XIX esa colección era la más importante en el país, pues reunía un nutrido y calificado material inca. Tanto Tello como Larco Herrera quisieron comprársela pero Caparó, con un notable sentido regionalista, prefirió venderla a la Universidad del Cusco, a un precio inferior al que le ofrecían. Lamentablemente hubo muy pocos gestos como ése en el Cusco de aquellos años. Las piezas que debían haber existido en el llamado Museo Erudito y en la Biblioteca-Museo habían desaparecido o se habían deteriorado mucho desde cuando las vi por primera vez. Entre 1840 y 1842 la Universidad había formado un museo, pero solamente llegó a tener una cantidad limitada de piezas, que se unieron a las de Caparó cuando su colección fue adquirida por la Universidad. Hoy pueden admirarse en el Museo Arqueológico del Cusco.

Tuve directa relación con Caparó con motivo del Instituto Histórico del Cusco que fundamos en 1913 y del cual fui presidente. Para entonces él era ya un hombre muy anciano y fue incorporado como una especie de miembro emérito por sus innegables aportes a la conservación de la tradición inca. A través de mis conversaciones con Caparó pude comprobar que no obstante no tener una perspectiva clara sobre los problemas del indígena, su profundo amor por la cultura, vale decir su incaísmo y su cariño por el Cusco hacían de él un personaje muy valioso.

Lorena, Herrera, Robledo y Caparó formaron parte del "Centro Científico" del Cusco, grupo que realizó destacada labor en el conocimiento de los diversos aspectos de la vida regional. Como entidad no alcancé a conocerla sino en sus años finales, ya que sus actividades se desarrollaron entre 1897 y 1907. Sin embargo, pude conocer a algunos de sus miembros cuando eran ya personas maduras. Eliseo Araujo fue uno de ellos, era fiscal, representante parlamentario

y rector de la Universidad, un gran personaje local al que mi generación desprestigió en la huelga universitaria de 1909, pues pedíamos su destitución. Otro miembro del Centro al que conocí fue Eusebio Corazao, notable matemático que alcanzó renombre inclusive fuera del Cusco, llegando a ser citado en repetidas oportunidades por el insigne hombre de ciencias Federico Villarreal; sus artículos fueron publicados en revistas extranjeras. Recuerdo también al canónigo Fernando Pacheco, permanentemente empeñado en escribir la historia del Cusco. Cuando fui director de "El Comercio" me entregó algunos manuscritos que fueron publicados en varias entregas. Era conocido como "el historiador del Cusco".

Otro personaje de esa generación fue el destacado músico José Castro, pianista y escritor, uno de los primeros en estudiar la música incaica y, en buena cuenta, el descubridor de que se basaba en la escala pentafónica. Su labor es, en muchos años, anterior a la de Raoul D'Harcourt. Con Ramón Herrera, pianista, Leandro Alviña, violinista, y con Carlos Japp, cellista, Castro formó una célebre orquesta de cámara. Dominaba la música europea pero fue también compositor de piezas de inspiración indígena. Además de sus actividades propiamente musicales, era un crítico literario temible por su acritud y su sobresaliente cultura, se estimaba enemigo de Palma en Lima. Quienes en el Cusco querían iniciarse en la literatura temían sus ironías y quienes discrepaban con él corrían el riesgo de caer bajo su crítica demoledora. Recuerdo por ejemplo que al doctor Agustín Whilar, profesor de gramática castellana, Castro lo dejó muy mal parado con sus acostumbrados comentarios.

Francisco Sivirichi destacó como pedagogo. Fundó el Colegio Americano hacia 1910, que se convirtió en competidor del de Ciencias. La juventud cusqueña solía dividirse entre los que iban a este Colegio y los que acudían al de Ciencias. En este último estudiaban los hijos de familias no muy religiosas pues ahí enseñaban los profesores llamados "ateos".

Podría mencionar también a algunos otros que no tuvieron mayor trascendencia intelectual pero que estuvieron ligados al "Centro Científico"; Manuel Arróspide por ejemplo, inteligente pero chiflado, famoso por su dedicación a decir discursos en los entierros. En el Cusco solía llevarse a los muertos a pie hasta el cementerio con paradas cada

cierto trecho, de ellas aprovechaba Arróspide para largarse con su discurso en homenaje al difunto, a cambio de una propina. Contaban que en cierta ocasión le ocurrió un chasco, pues mientras él hablaba de una mujer, el muerto era un varón. Contemporáneos fueron también Gabino Ugarte, quien llegó a ser presidente de la Corte Superior del Cusco, Mariano Medina, vocal de la misma Corte, y el abogado Manuel Montesinos.

Entre ellos estuvo también Benjamín La Torre, médico que nunca ejerció su profesión, perteneciente a una de las más adineradas familias del Cusco, propietaria del Palacio del Almirante. La Torre fue varias veces parlamentario por el departamento y apoyó al gobierno del "oncenio". Murió asesinado por Maximiliano Recharte, administrador de Huiro, quien había hecho malos manejos con los fondos de la hacienda.

Resulta interesante el hecho de que muchos miembros de esa generación participaran del lado pierolista en la revolución de 1895. El canónigo Alejandro Iberico fue un activo pierolista que en 1908 participó en la captura de Calca. Otros como Emilio Luna, Lucio Cabrera, Eliseo Araujo y Juan Julio Castillo, relacionados todos con el "Centro Científico", también tuvieron participación en la revolución pierolista.

Personalidades tan descollantes como el abogado puneño José Frisancho, contemporáneo de José Lucas Caparó, también tuvieron gran influencia entre los jóvenes de mi generación. Más que por sus escritos por el hecho de tratarse de un sujeto ejemplar. Abogado distinguido y juez excepcional, defensor intransigente de los indios en una época en que el poder de los gamonales era casi absoluto. Luego de seguir sus estudios de Derecho en Arequipa, regresó a su tierra y fue nombrado, sucesivamente, Juez de Azángaro y Chucuito, lugares en los que comenzó su cruzada en defensa del indígena. Destacó como hombre recto que sancionó inclusive a gente influyente, cuando así lo consideró necesario. Su fama de juez imparcial le valió el reconocimiento de todos, a tal punto que fue designado como miembro de la Corte Superior del Cusco. Fue en esos años que su nombre y sus hazañas jurídicas se hicieron conocidos.

Como vocal de dicha Corte atendía todos los juicios que se hacían contra los indios; cuando querían llevarlos presos los ponía en libertad hasta que no se acreditara su culpabilidad, comprobándose en muchos casos que el acusado

en realidad había sido víctima de las artimañas de algún gamonal. Escuchaba los reclamos de los indígenas con interés y los sopesaba al mismo nivel que el de un personaje poderoso, aplicando al pie de la letra aquel principio que reza "todos los hombres son iguales ante la ley". Fue, en síntesis, un juez ejemplar.

Frisancho era de origen puneño y tenía rasgos indígenas, hablaba aymara y quechua y era un tipo estricto pero de carácter sociable. Cercano a los cuarenta años se casó con una de las más bellas mujeres cusqueñas, Juanita Pineda, que vivía en la calle Malambo, con la que tuvo cuatro hijos. Con el tiempo llegamos a ser amigos, en 1925 viajamos a una de sus haciendas en Puno, donde hice excavaciones arqueológicas ubicando restos de la cultura Pukara. En el Cusco escribió varios folletos sobre la cuestión indígena desde el punto de vista jurídico, que era su especialidad, uno de ellos fue editado por Rafael Larco Herrera y circuló por todo el Perú. Publicó también algunos poemas. Puede decirse que durante su permanencia en la Corte Superior cusqueña la administración de justicia en la región pasó por un período intachable. En virtud de sus méritos fue traído a Lima como vocal de la Corte Suprema, donde también destacó por su rectitud. Recuerdo que cuando Odría llegó al poder en 1948 quiso recibir el reconocimiento de las más altas autoridades judiciales del país, a lo que Frisancho se negó terminantemente, pues ese gobierno había resultado de un golpe de Estado y no de la voluntad popular.

En este recuento también debe incluirse a Enrique Rossell, ya que escribió y publicó artículos sobre cuestiones indígenas en el *Boletín del Centro Científico*. Así como a Emilio Max Montes, que consiguió formar una colección de objetos arqueológicos, aunque de menor volumen que la de Caparó. La llevó a exhibir a Chicago de donde no regresó porque allí la vendió al Field Museum. Entre los objetos que dicha colección incluía había un asiento de madera sin respaldar, decorado con diseños semejantes a los de los keros. Por último hay que mencionar a Roberto Goehring, geógrafo de primer orden, descendiente de alemanes, que estuvo siempre presente en nuestras campañas indigenistas.

Mi generación estaba formada por una juventud entusiasta y con elementos intelectuales valiosos que se dio con una realidad universitaria francamente decepcionante. La Universidad cusqueña era aún una institución colonial, con

un cuerpo docente incompetente y rutinario, y gobernada por un grupo reducido de personajes que se repartían los cargos impidiendo el acceso de elementos jóvenes y renovadores. Imperaba el más descarado nepotismo, con un rector como el Dr. Elisco Araujo, personaje político que había sido diputado y ejercía altas funciones como la fiscalía de la Corte Superior, quien había hecho de la Universidad su propio feudo, nombrando catedrático a su hijo, a sus sobrinos de apellido Zaldívar y a su capellán, el agustino Alvarez, sin tener éstos la menor capacidad para los cargos. Además los catedráticos tenían con él vínculos muy estrechos, habiéndose formado una camarilla que impedía el acceso a las cátedras a nuevos valores intelectuales cusqueños. Todas esas circunstancias llevaron a que hubiese un descontento cada vez mayor entre los alumnos. Pronto fue constituyéndose un grupo radical que en marzo de 1909 fundó la Asociación Universitaria, cuya presidencia ejerció uno de los alumnos de mayor edad, Demetrio Corazao. A partir de entonces fue haciéndose cada vez más claro nuestro propósito de provocar un movimiento estudiantil que, por medio de la huelga, obtuviera la renuncia del cuerpo de autoridades y profesores anticuados. Deseábamos una vida nueva para la Universidad porque no soportábamos el régimen imperante.

Después de muchas reuniones se acordó proclamar la huelga el 7 de mayo de 1909. Sería la primera huelga universitaria en Sudamérica. El complot se consumó en ocasión de encontrarse reunidos los miembros del Consejo Universitario en el estrado del salón de sesiones. Los alumnos nunca habían concurrido a escuchar una sesión de las autoridades y aquel día lo hicieron pacíficamente, posesionándose del resto del salón. Después de las palabras del rector inaugurando el acto, Demetrio Corazao subió intempestivamente al estrado pidiéndole al rector el uso de la palabra. Araujo negó de hecho tan extraña petición, porque para él los alumnos no tenían ni voz ni voto. Insistió Corazao y comenzaron entonces los murmullos, tanto del lado de los profesores como entre los estudiantes. De pronto sonó un disparo al aire hecho por el antiguo alumno Manuel Jesús Urbina, años después diputado por Ayacucho y comprometido en una revolución contra Leguía. Se produjo una conmoción general, se levantaron los catedráticos con el rector a la cabeza y, en forma relativamente tranquila porque no se escuchó ninguna voz de protesta, abandonaron la Universidad pasando

entre una doble fila de alumnos que a una sola voz gritaban “¡Viva la huelga!”

Cuando salimos del local las “kateras” de la Plaza de Armas creían que el tumulto y los disparos se habían producido porque los universitarios nos peleábamos a las tres primeras mujeres que por entonces habían ingresado a la Universidad (a excepción de Trinidad Enríquez que ingresó en 1870 y que fundó la Asociación de Artesanos del Cusco). Aquellas compañeras de estudios fueron Leonor Guevara, que luego se casó con Félix Cosío; Angélica Minauro, dueña de haciendas, que fue más tarde esposa de Fidel Santos; y Luisa Garmendia, que casó con mi profesor Cosme Pacheco.

Los acontecimientos del 7 de mayo y la huelga universitaria tuvieron una tremenda trascendencia porque se generalizó la protesta contra ciertos grupos que hoy llamaríamos oligárquicos y se inició en el Cusco una nueva etapa. Al conocer los sucesos, el gobierno ordenó la clausura de nuestro centro de estudios, por lo que quedamos recesados durante el año 1909. Los alumnos juramentados permanecemos fieles a la consigna de no dejar ni el Cusco ni la Universidad, en cambio, hubo otros que por no perder el año se trasladaron a Arequipa y Lima. Cerca de 40 universitarios permanecemos en el Cusco, haciendo durante el tiempo del receso una serie de manifestaciones nocturnas de protesta.

Para organizar la huelga nos reuníamos generalmente en la Universidad a horas en las que no había clases, así como también en un café del centro, donde jugábamos dados y conversábamos desde las cinco de la tarde hasta pasadas las diez de la noche. Ahí gestamos la huelga universitaria y orgullosamente nos autodenominamos revolucionarios. Luego, cuando vino el receso, nuestra actividad aumentó. Llegué a ser designado Secretario de la Asociación Universitaria que se fundó con motivo de la huelga, además me constituí en miembro del Comité de Huelga. Editamos una revista, cuyo origen se remontaba a cuando empezamos a planear la huelga, de la que fui uno de sus redactores. Se llamó *La Sierra* y estuvo dirigida por José Angel Escalante y editada en la imprenta de El Sol, diario que nos dio relativo apoyo. Era una hoja de lucha y propaganda en favor de nuestra causa, aunque sin perder su carácter intelectual, manteniéndose cierto criterio científico en la selección de los artículos. Continuamente salíamos a las calles

para solicitar a la población apoyo para nuestra causa y reclamando el levantamiento de la clausura. Desacostumbrada a sucesos de ese tipo, la ciudad resultó realmente conmocionada. De otro lado nuestras actividades no se limitaron al Cusco, llegamos a enviar emisarios a Lima y obtuvimos el apoyo de estudiantes amigos y de otras universidades del país.

Entre los principales activistas de la huelga recuerdo a Demetrio Corazao, a quien llamábamos "El Viejo" por ser mayor que nosotros. Era un hombre independiente, resuelto, decidido, muy valiente, que llegó a participar con Samanez Ocampo en revueltas armadas, era un furibundo antileguista. Tenía una hacienda cerca al Cusco, estaba casado y en esos años estudiaba Derecho. Manuel Jesús Gamarra ya se había graduado por lo que, propiamente, pertenecía a la generación anterior a la nuestra. Al igual que Corazao participó por simpatía. Decían que había nacido en la selva, por lo que lo llamaban el "chuncho Gamarra". Siendo un fervoroso federalista, había escrito un libro, decomisado por la policía cusqueña, en el que exponía sus ideas. También se reconocía como un antileguista. Manuel Antonio Astete, otro viejo alumno, antiguo participante en pronunciamientos pierolistas, con Chaparro y Víctor Guevara formaban el grupo de estudiantes mayores. En cambio, Miguel del Castillo, un joven muy tranquilo que no sobresalió como universitario, entusiasmado por nosotros participó en la huelga. Otros fueron Pío Benjamín Díaz, estudiante de Derecho y Francisco Tamayo, uno de los mozos más valientes que ha tenido el Cusco, quien años después sería Ministro de Gobierno en la Junta de Samanez Ocampo. También participó Miguel Corazao, uno de nuestros más inteligentes compañeros, que murió loco. Nuestras asambleas populares y desfiles pidiendo la reapertura del claustro tuvieron éxito, pues a fines de año se resolvió reabrir la Universidad. La Asociación Universitaria sugirió a Mariano Jacinto Medina para ocupar el Rectorado, sin embargo no se tomó en cuenta la sugerencia del alumnado. Cuando se nos comunicó que llegaría al Cusco el nuevo rector, no teníamos la menor idea de quien sería.

La Universidad se reabrió en marzo de 1910. Provisionalmente estaba de rector Juan Antonio Escobar a quien el prefecto, presionado por nuestras demandas, le había entregado las llaves del local, José Gabriel Cosío se desempeñaba como secretario. A fines de marzo, las autoridades de la ciudad y una comisión de la Asociación

Universitaria integrada por J. Cáceres, Manuel Casafranca, Félix Cosío y Alberto Pacheco Concha se hicieron presentes en la estación del ferrocarril para recibir al nuevo rector. Era un joven norteamericano, miembro de la Misión Bard, que el gobierno peruano había solicitado a los Estados Unidos para efectuar reformas en el sistema educativo. Su nombre era Albert Giesecke y no llegaba a los treinta años.

Con Albert Giesecke como rector se produjo la verdadera reforma universitaria en San Antonio Abad. Renunciaron Aurelio F. Baca, Angel Ugarte, Felipe Umeres y M. E. Montesinos, entre otros, mientras se nombraba a profesores jóvenes y de ideas positivistas o pragmáticas como Víctor González Rivero, Miguel Corazao y José Angel Caparó Pérez, aparte de Fortunato Herrera, a quien me referí anteriormente.

Giesecke había nacido en Filadelfia, hijo de un inmigrante alemán. Luego de estudiar en la Escuela Municipal de su ciudad natal y en la Universidad de Pennsylvania viajó a Europa, donde permaneció como estudiante en las prestigiosas universidades de Berlín y La Sorbona de París. En Lausanne, Suiza, Giesecke fue alumno de Pareto, por lo que contaba con una apreciable formación en ciencias sociales. A su retorno a los Estados Unidos estudió en Cornell University y en el Carnegie Institute, donde se especializó en asuntos comerciales. Posteriormente retornó a Europa para dedicarse a la investigación en el Museo Británico y en la Oficina de Asuntos Extranjeros. En marzo de 1910, Alberto Giesecke juramentaba ante Eusebio Corazao como Rector de la Universidad del Cusco. Al inaugurar el año académico la nueva autoridad universitaria leyó un hermoso discurso, en el que se refirió a la importancia de las vías férreas como medio de comunicación, y al progreso y modernización del Cusco, ideales por los que desde entonces trabajaría como si fuera un verdadero cusqueño.

Fue indudablemente un rector notable, transformó nuestra Universidad en una institución democrática y moderna y en muy poco tiempo, gracias a su buen carácter, estableció con los alumnos una cordial relación. Aparte del excelente nivel de los cursos que dictó, introdujo hábitos de disciplina, interés por el estudio y conocimiento de nuestra realidad regional y nacional. A los 8 o 10 meses de haber asumido el cargo pidió nuestro concurso para fundar la Revista Universitaria. Hubo una completa coincidencia entre los ideales

propugnados por Giesecke como educador y los defendidos por nuestro grupo estudiantil; es más, sus enseñanzas nos dotaron de los medios necesarios para hacer efectivas nuestras intenciones. Se interesó mucho por los indios y fue el primero de nuestros maestros en llevarnos a las comunidades indígenas, en el campo nos educó en la observación de aspectos particulares que registrábamos en unas libretas de apuntes. Nos enseñó métodos estadísticos, a realizar encuestas y preparar cuestionarios, introdujo el método de lecturas dirigidas que permitían a los alumnos hacer adecuados resúmenes y cuadros sinópticos y, sobre todo, nos ayudó a conocer el Cusco, pues nos hizo voltear los ojos hacia nuestra realidad y nos enseñó a observarla con actitud crítica. Durante los 14 años que duró su rectorado fueron grandes los progresos que propició, tanto en la Universidad como en la vida de la ciudad.

No sólo en el terreno educativo e intelectual la labor de Alberto Giesecke fue de enorme importancia; en 1912 organizó un censo de la provincia del Cusco, el que proporcionó valiosa información socioeconómica. Sus alumnos de Estadística fuimos sus principales colaboradores. El último censo cusqueño se había efectuado en 1876, era incompleto y su información no era confiable. Cuando Giesecke fue elegido presidente del Centro Geográfico del Cusco se abocó a la organización de un nuevo empadronamiento, hecho esta vez de la manera más seria y científica posible. Se imprimieron cédulas personales y familiares, se impartieron detalladas instrucciones a los empadronadores y luego los datos obtenidos se procesaron con mucho cuidado. El censo arrojó, como cifra total de habitantes de la provincia, la cantidad de 26,939, y en el informe elaborado por Giesecke figuran cuadros por razas, enfermedades, profesiones, religión, etc, que proporcionan una imagen demográfica detallada del Cusco de principios del siglo. Los cusqueños tienen mucho que agradecer a quien introdujo prácticas y enseñanzas que complementaron el avance cultural de la ciudad, por eso se le correspondió eligiéndolo alcalde años después.

En lo personal, los sucesos de la huelga me afectaron profundamente, podría decir que a partir de entonces cambió mi manera de ser pues dejé de frecuentar a los potentados del Cusco con la asiduidad de antaño y me distancié de los antiguos catedráticos que, en su mayoría, eran hacendados. Por eso la huelga no sólo fue

contra el "feudo universitario" sino contra la aristocracia cusqueña, ya que apuntó contra los "gamonales-catedráticos". Me convertí desde entonces en antigamonalista, aunque nunca me echaron en cara que fuera contra ellos, pues mantuve una actitud diplomática y gentil. En mi casa la reacción fue tremenda, aparentemente fue mi madre la más afectada al verme implicado en la protesta contra la gente más tradicional y linajuda del Cusco. Pero mi padre, que siempre estaba muy atento a todo lo que ocurría conmigo, sufrió también una grave impresión, lo que resultó especialmente delicado porque se encontraba convalesciente de un leve ataque al cerebro. Desgraciadamente, pocos días después de los sucesos del 7 de mayo en que se inició la huelga, sufrió un segundo ataque que empeoró su situación. Si bien sobrevivió algunos años más, quedó en una situación bastante limitada, con medio cuerpo paralizado, no hablaba y permanecía inmóvil. Pasé muchas horas a su lado, ayudándolo a levantarse, colocándolo en la silla de ruedas y auxiliándolo en otras cosas esenciales. Desde esa época, a mis actividades periodísticas y universitarias tuve que añadir la de atender el negocio de mi padre, que en 1915, año en que murió, quedó completamente en mis manos.

En las páginas de *La Sierra*, órgano de nuestra Asociación Universitaria, ha quedado registrada toda la intención renovadora de mi generación. Luego de una etapa eminentemente combativa, *La Sierra* reapareció como revista en enero de 1910, bajo la dirección de José Gabriel Cosío. Tal como entonces lo manifestamos, nos considerábamos la "potencialidad intelectual del departamento". Queríamos romper el aislamiento y atraso de la vida intelectual cusqueña y difundir los conocimientos tradicionalmente reservados a los altos círculos, extendiendo a todos los medios sociales la discusión de nuestros problemas regionales. El enfrentamiento con las autoridades nos había hecho fuertes y entonces nos sentimos con mayor libertad de pensamiento. En ese momento fue afortunado contar con la presencia orientadora de Alberto Giesecke, quien supo darle curso y sentido a nuestra actitud de rebeldía. Tuvo así la "escuela cusqueña" un origen netamente universitario y se mantuvo en el ambiente de los claustros mientras sus integrantes conservaron su condición de estudiantes.

Desde 1911 la *Revista Universitaria* fue el canal a través del que se difundieron las ideas y

preocupaciones de la juventud cusqueña de la época, así como los resultados de nuestras investigaciones. Esas inquietudes eran completamente nuevas en un ambiente aletargado, en el cual solamente el Centro Científico había sido la excepción, aunque con limitado interés por los indígenas y más pronunciado por los estudios geográficos. Después de esa primera etapa, todavía incipiente y muy ligada al medio universitario, la 'escuela cusqueña' se convirtió en un grupo más amplio, al que se agregaron elementos extrauniversitarios y pertenecientes a la generación anterior, pero que estaban imbuidos de los mismos ideales, que de manera sintética eran los siguientes: defensa del indígena contra la opresión del gamonal; campaña anticentralista y reconquista de la posición orientadora del Cusco en el panorama nacional; regionalismo político, económico y cultural; exaltación del pasado prehispánico, en especial del Imperio Incaico; y estudios del medio regional y de las comunidades indígenas.

Todos esos puntos vinieron a constituir un programa de acción que fue desarrollándose a lo largo de 20 años. A partir de 1927 sus componentes comenzaron a disgregarse, muchos de ellos se marcharon de la ciudad, pero también surgieron diferencias ideológicas entre los miembros, y antes de 1930 la 'escuela' se disolvió.

Reunido en torno a los principios mencionados, el grupo gestor de la huelga universitaria se convirtió en un importante núcleo bautizado por Francisco García Calderón como la 'escuela cusqueña'. Con respecto al Cusco éramos la avanzada intelectual e ideológica, y en la Universidad provocamos un enorme impacto, sobre todo en facultades como Derecho, donde seguían utilizándose textos realmente arcaicos. Tómese como referencia que entre los profesores expulsados de Derecho, a raíz de la huelga, había algunos "krausistas". Las tesis de Krause habían tenido auge en España a mediados del siglo XIX.

Los antecedentes de nuestra generación se remontaban a esa juventud anticlerical y librepensadora de fines del XIX, que en 1895 participó activamente en el derrocamiento del tristemente célebre prefecto Pedro Más. Sin embargo, ese sacudimiento de la sociedad tradicional cusqueña no comprometió su esencia feudal, la suerte del indio siguió siendo la misma y el ordenamiento social no sufrió mayores alteraciones. Fue por eso que la 'escuela cusqueña'

heredó las tareas pendientes. La huelga estudiantil fue su punto de partida, no solamente porque hizo posible la transformación de la Universidad, permitiendo la incorporación de catedráticos con una nueva mentalidad, sino porque fue un verdadero choque con el espíritu conservador. Debe quedar claro que nuestra huelga y nuestra inclinación decidida por la causa de los indígenas causó una verdadera conmoción. Imagínese el escándalo que en una sociedad como la cusqueña de hace setenta años pudo provocar semejante desconocimiento de la autoridad, y que un puñado de jóvenes criticara públicamente a personalidades como Eliseo Araujo, el rector, figura reconocida no solamente como autoridad universitaria, sino como abogado y magistrado.

En los comienzos de la "escuela cusqueña" el llamado problema indígena se reducía a la defensa del indio. Esa actitud tiene, como se sabe, antecedentes lejanos en nuestra historia, pero que en esa época nos eran casi desconocidos. Es curioso comprobar que por entonces no existía la menor preocupación por figuras históricas de tanta relevancia como el padre Las Casas y Túpac Amaru y no se había valorado el aspecto indigenista de la obra de Garcilaso. A la labor de defensa del indígena que ellos y otros personajes realizaron no se le concedía el mínimo valor. A nosotros, catedráticos y alumnos indigenistas, nos tocó rescatar esas figuras y darles el reconocimiento que merecían. Así, por ejemplo, en 1914 hicimos un homenaje a Pumacahua, en ocasión del primer centenario de su alzamiento, y en 1916 el Instituto Histórico del Cusco, compuesto por intelectuales y profesores universitarios, celebró el tricentenario de la muerte del Inca Garcilaso de la Vega. En los años posteriores se han dado significativas muestras de gratitud a estos personajes tanto tiempo olvidados. Así, en 1939 se festejó el cuarto centenario del nacimiento de Garcilaso y en 1942 el segundo centenario del nacimiento del Inca prócer Túpac Amaru. De igual manera se descubrió la casa de Garcilaso en el Cusco, la que quedaba en la Plaza del Regocijo y estaba cubierta por una falsa pared de adobe. Hoy funciona ahí el Archivo Departamental.

Sin lugar a dudas, aparte de Garcilaso de la Vega, el padre Bartolomé de las Casas fue un genuino representante del indigenismo temprano. Fue el primero en proponer una política de defensa de los indios americanos. Luego, a lo largo del virreinato, serían los religiosos los seguidores de Las

Casas. Ese insigne sacerdote llegó a América en el siglo XVI, antes de la conquista del Perú. En el Caribe desplegó su tarea evangelizadora. A medida que realizaba su labor fue dándose cuenta de la opresión indígena impuesta por sus compatriotas. Las Casas no necesitó de explicaciones muy elaboradas, fue testigo directo de cómo la población centroamericana iba reduciéndose, lo que ocasionó su reacción y denuncia, en brillantes escritos, de las irregularidades que se producían en las colonias. Por estas acciones lo considerábamos el primer hombre moderno de las Indias.

A lo largo de los siglos la tradición indigenista de hombres ilustres, como Las Casas, Domingo de Santo Tomás y Buenaventura Salinas que habían escrito y luchado en defensa del indio, había pasado al olvido. A principios de siglo no había corriente alguna del pensamiento que rescatase sus valores espirituales, nadie se preocupaba de la defensa del indio y se hacía caso omiso de la historia. Garcilaso, por ejemplo, era un cronista mestizo importante por sus relatos del Imperio Incaico, pero totalmente despreocupado de la cuestión indígena; el padre Bartolomé de las Casas resultaba un personaje olvidado, y qué decir de Túpac Amaru o Mateo Pumacahua. Por eso, la 'escuela cusqueña' se encuentra con un ambiente desfavorable. Tuvimos que luchar contra un prejuicio generalizado sobre la inferioridad del indio y la fatalidad de su condición que lo reducía a simple siervo. Hubo que batallar firmemente para abrirse paso en ambiente tan adverso.

Entre quienes dieron el primer impulso a la revaloración y defensa del indígena quiero recordar a mi compañero Luis Felipe Aguilar, que no obstante pertenecer a una generación anterior adoptó nuestras ideas y se convirtió en uno de los más fervorosos y ardientes indigenistas, librando batallas muy señaladas por la opinión pública, como realmente representativas del movimiento que integrábamos. Aguilar fue abogado, llegó a graduarse a instancias de sus amigos, pues cuando lo conocimos había perdido todo interés en la jurisprudencia y en los estudios universitarios. Siendo un hombre adulto volvió a matricularse en la Universidad. Cuando terminó sus estudios abrió su bufete en la calle San Bernardo, en el que sus mejores consejos los prestó a indígenas que habían sido víctimas del abuso de los gamonales. Poco a poco Luis Felipe Aguilar fue haciéndose un gran conocedor de las comunidades, porque iba a constatar *in situ* los pleitos por tierras que se suscitaban entre comunidades y haciendas.

Como la mayor parte de los juicios que enfrentó le resultaron favorables, los gamonales le temían; además era un escritor de pluma punzante que publicaba efectivos artículos de denuncia en los periódicos de la ciudad, sobre todo, en *El Comercio*. Fue mi secretario cuando fui elegido Inspector Departamental de Instrucción durante los años 1912 y 1914. Con él recorrimos las provincias cusqueñas comprobando la mala situación en que se encontraban las escuelas. Todo su conocimiento de los problemas que agobiaban a los indios lo volcó en su libro *Cuestiones Indígenas*. Resulta paradójico que, siendo Aguilar un hombre profundamente antilimeño, tuviese que viajar a Lima contra su voluntad y que aquí le sorprendiese la muerte. Físicamente era feo, agestado siempre, como si estuviera de mal humor. Se casó con una cusqueña con la que tuvo seis hijos. Fue un hombre de pocas palabras que sólo se exaltaba cuando hablaba de los indios.

Romualdo y Mariano Aguilar, hermanos de Luis Felipe, eran un tanto distintos, en ellos no podía notarse una actitud tan definidamente indigenista. Romualdo tuvo una gestión intachable como alcalde de la ciudad, mientras que Mariano no tuvo mayor renombre. Otro de los hermanos Aguilar, Rafael, fue catedrático de la Universidad, miembro de la 'escuela cusqueña' y destacado intelectual muy entregado al indio. Era poeta, periodista, quechuista y notable orador. Fue abogado como Luis Felipe, llegando a ser fiscal de la Corte del Cusco, así como profesor de la Universidad. Como indigenista fue muy activo y como conocedor del quechua fue destacado, tradujo a Garcilaso.

Angel Vega Enríquez fue otro indigenista que, desde comienzos de siglo, al aparecer los diarios en el Cusco, hizo campaña contra el gamonalismo y en favor del indígena. Lo considero el indigenista más calificado del Cusco en su época. Aparte de sus sentimientos en favor del indio, era notable su gran preparación cultural y su orgullo étnico, pues descendía de la nobleza imperial incaica. Entre 1903 y 1904 dirigió el recién fundado diario *El Sol*, en el que realizó la campaña de la "lancha asesina", escribiendo varios editoriales de denuncia de ese caso de abuso contra un grupo de indígenas. Unos franceses, animados por el auge del caucho, planearon llevar una lancha a la selva de Madre de Dios, para lo cual necesitaban el personal que la trasladase cargándola en peso. Con ese fin firmaron un contrato con un abogado del Cusco y la comunidad de Katka, lo

que determinó la salida de los mejores hombres del pueblo a realizar la proeza. Los indios fueron muriendo en el camino pues el calor, los malos tratos y la pesada tarea mermaron su salud. Por si fuera poco, dicho abogado hizo aparecer que los indios le habían delegado todos sus poderes a un sujeto apellidado Calderón, quien había procedido a vender las tierras de la comunidad. Katka perdió sus mejores hombres, entre ellos los k'oilanas de la comunidad y, además, sus tierras. El hecho, de por sí escandaloso, fue tenazmente difundido por Vega Enríquez, desarrollando lo que fue la primera campaña indigenista en el Cusco. Eso le valió que fuese apaleado por gente contratada por el abogado en cuestión.

Vega Enríquez reunió a varios jóvenes muy valiosos en la redacción de *El Sol*, que participaban de sus ideas; ahí estuvieron, entre otros, Benjamín Mendizábal Vizcarra, José Castro, Mariano y Luis Felipe Aguilar. Todos fueron asimilando el indigenismo de Vega Enríquez, por lo que puede decirse que, bajo su influencia, fue formándose el núcleo de la huelga de 1909 que luego integraría la 'escuela cusqueña'. Su indigenismo se manifestó en esa prédica a los jóvenes y en sus campañas periodísticas, en cambio Luis Felipe Aguilar fue el hombre de acción. Solamente con sus amigos se explayaba, no era un orador destacado ni afecto a la excesiva familiaridad con la gente, por lo que el número de sus amistades era reducido. Era hijo único de una señora que murió de mucha edad, a la que estuvo muy unido, por lo que nunca se casó.

Después de ser director de *El Sol*, Vega Enríquez ejerció su profesión de abogado, siendo nombrado juez de la provincia de Acomayo. Cierta día su paciencia se agotó y como era un hombre extraño, cerró la puerta del juzgado y se marchó del Cusco para no regresar jamás. Como puede suponerse, lo separaron del cargo. Por un tiempo había vivido de la prensa, como director y propietario de *El Sol*, pero luego que dejó su puesto de juez atravesó por una precaria situación económica. Murió en Lima muy pobre, en una de esas salas generales de un modesto hospital. Tuvo un final inmerecido.

Bajo el influjo y ejemplo de personajes como José Castro, Luis Felipe Aguilar y Vega Enríquez se desarrolló la nueva generación indigenista. Entre sus miembros estuvieron José Gabriel y Félix Cosío. El primero gran conocedor del quechua y distinguido profesor de castellano, del que era un verdadero cultor. Dedicó su vida a la docencia en

la Universidad y en el Colegio de Ciencias, del que llegó a ser director. Cuando dejó el Cusco fue nombrado director de otros colegios de la República, hasta su muerte que, como ha sucedido con muchos cusqueños de mi época, ocurrió en Lima.

Los Cosío eran miembros de una antigua familia cusqueña procedente de Paruro, con tradición en el manejo del quechua. Como muchas familias de ese tipo, lo hablaban en la vida cotidiana. Félix, al igual que su hermano, también conocía muy bien el quechua, pero dirigió su actividad hacia los estudios históricos. Publicó varios artículos interesantes sobre la prehistoria peruana y también sobre la propiedad comunal. Félix y Gabriel Cosío fueron miembros de la 'escuela cusqueña' y de los más inteligentes. Félix sobrevivió a su hermano, residiendo por varios años en Huancayo, donde fue nombrado vocal de la Corte Superior de Junín. Ahí vivió hasta poco antes de su muerte, acompañado por su esposa Leonor Guevara, una de las primeras alumnas que tuvo la Universidad del Cusco. Murió en Lima.

Los Cosío fueron los animadores de las reuniones que celebrábamos en el Cusco para tratar de unificar criterios sobre las reglas gramaticales que debía tener el uso del quechua. Eran largas polémicas en las que se discutía si tal vocablo se debía pronunciar de ésta u otra manera. Participé en algunas de esas reuniones, aunque nunca llegué a dominar el quechua como para hablarlo a la perfección. Podía sostener conversaciones ordinarias, pero carecía de la pulcritud con que lo hablaban otros, así como del conocimiento necesario como para participar en las discusiones que se entablaban. Conforme pasaron los años fui perdiendo mi habilidad con el quechua, todavía lo entiendo pero casi me resulta imposible hablarlo. A partir de mi traslado a Lima me dediqué a la tarea de elaborar un vocabulario quechua, más tarde conseguí que se incorporaran al Museo dos notables especialistas que continuaron dicho trabajo: el padre Lira y J. M. B. Farfán. Ambos se dedicaron a tiempo completo, el primero confeccionando el vocabulario y el otro recogiendo una serie de textos quechuas.

Uriel García fue otro gran indigenista de mi generación, batallador incansable, luchó y escribió mucho en defensa del indígena peruano. Compartimos una misma preocupación por la arqueología y la historia, no solamente como estudio erudito sino de profunda raigambre indigenista y parte de la revaloración del indio.

Otro indigenista cusqueño fue José Angel Escalante, quien comenzó en Arequipa —otra de las barricadas ideológicas que, como el Cusco, quería remecer al Perú— al lado de esos tres bravos combatientes que fueron Mariano Lino Urquieta, Francisco Mostajo y Modesto Málaga. Con ellos participó en una campaña anticlerical intensa, causando conmoción en una ciudad tan religiosa como la mistiana. Después de la huelga de 1909, Escalante se volcó al indigenismo, fue el fundador de *La Sierra*, el primer órgano de la reforma universitaria. Años después, en 1914, publicó el diario *El Ferrocarril*, tomando como nombre el clamor del pueblo cusqueño que quería la extensión de la vía férrea que en 1908 había llegado al Cusco. En esa ocasión hubo una tremenda polémica entre el grupo de Telémaco Orihuela y Teófilo Luna y el de Benjamín La Torre. Fue este último quien financió el periódico dirigido por Escalante. Posteriormente adquirió el diario *El Comercio*, decano de la prensa cusqueña, allí trabajamos juntos y en varias ocasiones lo reemplacé en la dirección, ya que en su calidad de representante parlamentario sólo estaba esporádicamente en el Cusco. Desde ahí luchamos por nuestros ideales indigenistas, tanto en sus editoriales, como en sus artículos firmados con el seudónimo Juan Situcha. Escalante realizó una enérgica defensa del indio.

En Lima ejerció un liderazgo indigenista importante, tanto en las Cámaras como fuera de ellas. Recuerdo que por el año 1927 publicó su famoso artículo “Nosotros los indios”, que fue como un desafío a los limeños. Escalante no tenía en absoluto rasgos indios, pero sí raíces indias por la vía materna. Se enorgullecía de descender de Tomasa Contimayta, cacica de Acos que figuró en la revolución de Túpac Amaru, por eso también usó Condemayta como seudónimo. Había nacido en la capital, de madre limeña y padre cusqueño, luego viajó a Arequipa para realizar sus estudios. Cuando supo que descendía de la cacica Contimayta su indigenismo se acentuó.

Escalante no solamente sobresalió por sus campañas indigenistas sino porque fue un notable representante de su literatura. Escribió hermosos cuentos sobre la vida indígena, que desgraciadamente no han sido recogidos y permanecen olvidados. En Lima lo absorbió la política y, de antileguista pasó en 1923 a ser firme partidario de Leguía. Tenía todas las condiciones para ser literato, pero sus ocupaciones como

parlamentario y también como Ministro de Instrucción, Justicia y Culto durante el “oncenio” hicieron que fuera despreocupándose de esta actividad.

Habría que mencionar también a Sixto Coello entre los indigenistas de mi generación. Publicó artículos en la Revista Universitaria y algunos folletos. Ejerció su profesión de abogado en el Cusco y durante el gobierno de Samanez Ocampo llegó a ser parlamentario. Como abogado y escritor desarrolló su prédica indigenista. Quedaría incompleto nuestro recuento si no mencionamos a los hermanos Ponce de León, Francisco y Federico, hijos de un señor aficionado a la música y la poesía, quien trabajó mucho en enriquecer el famoso drama Ollantay, obra para la cual creó ciertos arreglos musicales y escénicos. Ambos hermanos eran jóvenes muy inteligentes. Federico aprendió solo el inglés e inclusive tradujo algunos capítulos de la obra de Squier sobre el Cusco. Luego se dedicó a realizar estudios científicos. Pese a no tener una definida actitud indigenista, siempre contamos con su apoyo en nuestras campañas. Francisco fue en este terreno mucho más dedicado. Publicó varios estudios sobre la vida actual de los indígenas, sobre todo desde el punto de vista económico. También escribié artículos sobre la situación de las comunidades, las relaciones entre ellas, los cambios que las afectaban y sus aspectos jurídicos. Sus trabajos se caracterizaron por su minuciosidad y rigurosidad, verdadero ejemplo para sus compañeros.

Así el indigenismo fue extendiéndose y su prédica haciéndose pública, llegando a más sectores y dejando de ser cuestión de algunas pocas personas. De ser un aspecto del juvenil programa de la Reforma Universitaria de 1909, el indigenismo se desarrolló como la reivindicación de miles de hombres oprimidos, aunque expresado por un grupo de intelectuales.

Al reabrirse la Universidad, la propaganda indigenista se hizo más extensa, primero abarcando a toda la población universitaria y luego fuera de los claustros. Paulatinamente dejó de ser simplemente la defensa de las comunidades y la denuncia de los ataques que sufrían por parte de los gamonales o de las autoridades. Sin descuidar ese aspecto práctico, asumió la forma de una doctrina nueva, de una visión del mundo que partía de la valorización de la población indígena, vista como representativa de la cultura peruana en su condición de heredera de la antigua civilización

incaica. Así, el indigenismo fue convirtiéndose en una filosofía que buscaba revalorar los aportes indígenas a la cultura universal en todos los campos: científico, artístico, literario, socioeconómico.

Dentro de esa nueva fase jugaron un papel muy importante nuestros propios alumnos. Uno de ellos fue Luis Yábar Palacios, muchacho muy inteligente cuya bisabuela fue la fundadora del periódico Museo Erudito del Cusco. Fue uno de los más distinguidos alumnos que tuve en la Universidad, sumamente interesado en la vida indígena. A propuesta mía hizo un estudio sobre las comunidades de Paucartambo, su provincia de origen. En la *Revista Universitaria* publicó un artículo sobre el ayllu de Queros, como resultado de sus observaciones. Posteriormente pasó a ser activo indigenista y uno de los más entusiastas miembros del grupo descentralista en el Cusco. Ese joven, que prometía convertirse en una figura del primer orden, murió prematuramente, atropellado por un automóvil en una calle de Lima.

A Luis Yábar, como a Francisco Tamayo y Emilio Romero, provincianos regionalistas e indigenistas, se les presentó la oportunidad de actuar en la política nacional a raíz de la llegada de Samanez Ocampo al poder. Durante esos meses muchos sureños fueron llamados a colaborar con el gobierno.

Gerardo Roca fue otro de mis más distinguidos alumnos, proveniente de las provincias altas del Cusco. Propagó las ideas indigenistas por las zonas sureñas del departamento, vecinas al altiplano. Otro de ellos fue César A. Muñiz, también joven alumno universitario que suscribió nuestros planteamientos y llegó a ser miembro del Grupo Resurgimiento. Como abogado actuó en defensa de los indígenas y escribió algunos artículos sobre temas judiciales.

Mientras realizábamos esa labor de difusión indigenista, en Lima se fundó la Asociación Pro-Indígena, el mismo año en que los estudiantes de la Universidad del Cusco nos declaramos en huelga, 1909. Sus dirigentes fueron Joaquín Capelo, Dora Mayer y Pedro Zulen a quienes,

después de González Prada, considero sinceros indigenistas. La Asociación Pro-Indígena estaba abierta a todas las denuncias que pudieran hacerse sobre los abusos cometidos por los gamonales contra los indígenas. Contaba con representantes en provincias –como Mostajo en Arequipa y yo en el Cusco– que les hacían llegar informes detallados de los atropellos cometidos. Todas esas denuncias, así como artículos de crítica de la situación existente, se publicaban en un boletín. Sin embargo, no podía exigirles más. Sus dirigentes eran personas honestas y muy humanitarias, pero que no conocían la sierra pues no salían de Lima, por lo que no tenían contacto con el problema indígena de manera directa. La muerte prematura de Zulen determinó su decaimiento. Años después murió Capelo. Dora Mayer los sobrevivió y llegó a colaborar con José Carlos Mariátegui y el grupo Amauta. Tanto Capelo como Zulen hicieron estudios sociales de mucho interés, especialmente el primero, cuya *Sociología de Lima* es el más importante trabajo sobre la capital a principios de siglo. Dora Mayer era una entusiasta investigadora autodidacta, cuyo empeño no disminuía pese a no contar con la ayuda adecuada. Dora Mayer ejercía sus labores indigenistas y asistenciales sin recibir el menor apoyo. Se hacía llamar Dora Mayer de Zulen pese a que nunca estuvo casada con Zulen. Ocurría que estaba muy enamorada de él y adoptó su apellido cuando murió. Su caso fue singular en una época en que a la mujer no se le daba la menor oportunidad. Logró sobresalir porque era muy combativa, no sólo tuvo que luchar contra la incomprensión sino contra la soledad, pues era hija de alemanes y no tenía familia en el Perú. No obstante su procedencia tuvo un gran apego a esta tierra y mucho amor por los indios.

Vinculado a la Asociación Pro-Indígena estuvo Abelardo Gamarra "El Tunante", quien a través de su periódico *La Integridad* daba a conocer los abusos y exacciones cometidos por los gamonales. Publicaba denuncias sobre casos en toda la República, inclusive de comarcas recónditas, fui su corresponsal en el Cusco.